

La iglesia de Cristo de hoy día, 2

*Hace más de mil novecientos años, los nombres de la iglesia de Cristo fueron dados por vocabulario inspirado. El Espíritu Santo dio los títulos y descripciones de la iglesia. Todos y cada uno de esos nombres son aceptados, utilizados, y reclamados por la iglesia de Cristo de hoy día. No seríamos la misma iglesia si nos rehusáramos a llevar *estos* nombres. No seríamos la misma iglesia si procuráramos llevar *otros* nombres. Así como en la forma de adorar, también en los nombres que lleva la iglesia del Señor: nada más, nada menos y nada diferente de lo que hay en las Escrituras inspiradas.*

LOS MISMOS NOMBRES, LA MISMA IGLESIA

El Espíritu se refirió a la iglesia en los siguientes términos: “la iglesia” (Colosenses 1.24), “la casa de Dios” (1 Timoteo 3.15), “la iglesia de Dios” (1 Corintios 1.2), “la familia de la fe” (Gálatas 6.10), el “reino de su amado Hijo” (Colosenses 1.13), “la congregación de los primogénitos” (Hebreos 12.23), “el cuerpo de Cristo” (Efesios 4.12), “la iglesia del Señor” (Hechos 20.28), y “las iglesias de Cristo” (Romanos 16.16). Estos nombres, junto con otros de las Escrituras, constituyen la manera como el Espíritu Santo se refiere a la iglesia de Cristo.

Aspiramos a ser hoy día la iglesia que Jesús edificó y guió en el siglo primero. Como parte de esa aspiración, llevamos los mismos nombres que el Espíritu Santo le dio a la iglesia primitiva. Si eligiéramos otros nombres, estaríamos reduciendo, en esa medida, nuestra aspiración a ser aquella iglesia. Si necesitáramos o requiriéramos de otros nombres, ello significaría, por supuesto, que somos

otra organización o iglesia. Si vamos a ser fieles en la forma de adorar, en la doctrina, y en el modo de vivir, a nuestra cabeza, que es Cristo, entonces tendremos derecho a llevar los nombres que él ha santificado para su iglesia. El llevar estos nombres, a la vez que se pervierte la forma de adorar, y se pasan por alto sus enseñanzas, sería como ponerle un título sólido a una institución hueca.

En la Biblia, a los miembros de la iglesia se les llama: “hermanos”, “creyentes”, “miembros”, “discípulos”, “sacerdotes”, e “hijos de Dios” (Romanos 12.1; 1 Timoteo 4.12; 1 Corintios 1.2; 1 Corintios 12.20; Hechos 9.1; 1 Pedro 2.9; 1 Juan 3.1). Todos estos fueron, por supuesto, nombres comunes. Ellos llevaron un nombre que fue un nombre propio. “... y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía” (Hechos 11.26b). Pablo les advirtió en contra del uso de nombres sectarios o partidistas:

Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer. Porque he sido informado... que hay entre vosotros contiendas. Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo. ¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo? (1 Corintios 1.10–13).

Hay muchos que dicen que un nombre no es nada. Esto dista mucho de concordar con la Biblia:

Y en ningún otro hay salvación; porque no hay

otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos (Hechos 4.12).

Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla... (Filipenses 2.9–10a).

... pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello (1 Pedro 4.16).

Porque ellos salieron por amor del nombre de Él, sin aceptar nada de los gentiles (3 Juan 7).

El nombre no lo es todo, pues debemos seguir a Cristo en todos los aspectos así como en el del nombre. No obstante, el nombre de Cristo es el único nombre bajo el cielo en que podemos ser salvos. El nombre “cristiano” es el nombre bajo el cual podemos prestar servicio y sufrir sin tener que avergonzarnos. Cuando uno dice: “¿Qué es un nombre?”, está sin duda a punto de proponer un nombre que no se encuentra en la Biblia. En cuanto a los nombres para la iglesia, y en cuanto a los nombres para los miembros, la iglesia de Cristo de hoy día es la misma iglesia que existió hace más de mil novecientos años.

LOS MISMOS LÍDERES

Los líderes de cada congregación de la iglesia de Cristo de hoy día son los mismos que los de la iglesia de hace más de mil novecientos años. Pablo se dirigió a la congregación de Filipos y a los “los obispos y diáconos” de ella (Filipenses 1.1). Los obispos de la congregación eran lo mismo que los ancianos. Ellos son los mismos que se identifican en dos listas de requisitos que se encuentran en 1 Timoteo 3.1 y Tito 1.5. Por la naturaleza de su oficio como supervisores (Hechos 20.17, 28), se les llamó obispos. Por la dignidad y señorío de su cargo, se les llamó ancianos (1 Timoteo 3.1). Por la misma razón, se les llamó presbíteros, y al grupo de ellos, presbiterio (1 Timoteo 4.14). Por su autoridad, ellos eran gobernantes (Hebreos 13.17; versión King James). Por su cuidado del rebaño, eran pastores o apacentadores (1 Pedro 5.2–4; Efesios 4.11). Cada congregación tenía una pluralidad de estos supervisores (Tito 1.5). Era inaudito que un solo obispo gobernara una congregación, y más lo era, que un obispo tuviera autoridad sobre varias congregaciones. Cada congregación tenía el consejo equilibrado de un grupo de obispos que supervisaban la obra y los actos de adoración de la iglesia. Bajo este sistema, inspirado por el Espíritu Santo, la iglesia llegó a tener gran prosperidad. Bajo este sistema hoy día, la iglesia es bendecida.

Los diáconos prestaban servicio a la iglesia bajo la supervisión de los ancianos. El Espíritu consignó los requisitos de ellos, igual como hizo con los de los ancianos (1 Timoteo 3.1–13). Los ancianos y los diáconos prestaban servicio en cargos establecidos por el Espíritu Santo. La iglesia de hoy día puede tener, y tiene los mismos líderes, pues el Espíritu le ha especificado los estándares. Cuando hoy día se ponen en tales cargos hombres que concuerdan con la misma descripción, podemos saber que la iglesia tiene los mismos oficiales que tuvo en el comienzo. Si establecemos nombres y títulos de nosotros mismos, y creamos cargos y oficiales que no se encuentran en la Biblia, llegaremos a ser una iglesia diferente. La naturaleza humana es la misma, y los hombres todavía aman la alabanza de los demás (Mateo 23.7–12). Los hombres se han dado a sí mismos prestigiosos títulos que vacían de significado las descripciones del trabajo que se hacía dentro de la iglesia primitiva. En aquellos lugares y momentos en los que hombres son los mismos siervos humildes de Cristo que fueron los oficiales de la iglesia primitiva, ellos llevarán los mismos títulos con gozo y reducirán su autoridad a la misma esfera limitada con humildad.

Bajo esta modesta organización, la iglesia tuvo su más grande prosperidad espiritual. Este sencillo plan, que le daba a cada congregación sus propios obispos y diáconos, era no sólo el plan de Cristo, tal como el Espíritu Santo lo dio, sino que también fue el plan que demostró tener *éxito* dado el progreso que tuvo la iglesia cuando se guió por él. Las desviaciones del plan fueron algunas de las características que marcaron el proceso de desvío del camino de la verdad. El período conocido como la “apostasía” habría de caracterizarse por hombres llenos de ambiciones personales, que no se contentarían con el humilde plan de Cristo (2 Tesalonicenses 2.3–4). Esto llegó a ocurrir, y el sencillo plan para que cada congregación fuera completa, con sus propios líderes, fue abandonado a cambio de un diseño que le dio forma a la organización de la iglesia reflejando la estructura política del Imperio Romano. El apóstol Juan dijo: “Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios;...” (2 Juan 9). Los que han dejado atrás el plan original, han dejado atrás la fe, y esa parte de la iglesia de Cristo que siguió ese camino de transgresión perdió el poder que a ella le daba el ser pura en su organización. Hoy día la iglesia de Cristo tiene los mismos líderes para las congregaciones, que fueron dados por los apóstoles inspirados. Ellos llenan los mismos requisitos, llevan los mismos títulos, prestan

servicio dentro del mismo ámbito, enseñan y defienden la misma doctrina, y ofrecen las mismas ventajas a la membresía de la iglesia.

PREDICADORES Y TÍTULOS

Los predicadores de la iglesia de Cristo de hoy día son los mismos, en cuanto a nombre y obra, que existieron hace más de mil novecientos años. A ellos se le llamaba predicadores porque anunciaban el evangelio (Romanos 10.14). Ellos eran evangelistas porque eran heraldos del evangelio (2 Timoteo 4.5). Ellos eran servidores porque servían bajo el evangelio (1 Corintios 3.5). No eran pastores. El trabajo de “pastoreo” era de los obispos o ancianos, no del predicador. Los predicadores jamás reclamaron para sí —ni los cristianos les dieron— títulos tales como el de “Reverendo” o el de “Venerable”. Los predicadores de la misma iglesia de hoy día siguen la misma práctica.

UNIDAD

La plataforma para la unidad que el evangelio propone, es la misma para la iglesia de Cristo de hoy día, que fue para la de hace mil novecientos años. La *oración* por la unidad era “que todos sean uno” (Juan 17.21a). Esta fue la oración de nuestro Señor, y ella nos compromete a cumplir resueltamente su deseo. La petición que nuestro Señor le hizo al Padre, debería ser una poderosa motivación para nosotros. Su oración es nuestro deseo. “El nombre de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 1.10a) era *la autoridad para la unidad*. Bajo esta solemne autoridad, el apóstol Pablo impuso la unidad entre los cristianos primitivos. Nuestra actitud es obligada por este dominante nombre. La unidad se nos impone como un mandamiento de nuestro rey.

El estar “perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer” (1 Corintios 1.10b) era *la profundidad de la unidad*. Esto sirvió de sondeo del alma, sondeo que busca en ésta la sinceridad. Escudriña nuestros corazones buscando allí la unidad verdadera, y que avasalla el alma. Nos sometemos a Cristo para renunciar al ego y seguirlo a él. Dos personas que se centren en su ego, crearán división, es decir, dos formas diferentes de pensar. Mil personas que se centren solamente en sí mismas, insistirán en que se atiende a mil diferentes modos de pensar. Cuando es Cristo el que está en perfecto dominio, sólo habrá un modo de pensar para todos —sean éstos dos o dos mil— los que le obedezcan ese completo mandamiento.

Cristo declaró *el objetivo de la unidad* cuando dijo: “que el mundo crea” (Juan 17.21b). Este

objetivo, establecido en las oraciones de Jesús, era la evangelización. La unidad entre los seguidores de Cristo había de resultar en la conversión de los demás. Jesús pidió que hubiera unidad, con el fin de alcanzar ese objetivo, cuando le dijo al Padre: “que el mundo crea que tú me enviaste”. Es obvio que no podríamos convertir almas a Cristo si siguiéramos a otro que no sea Cristo. La unidad en el seguimiento de Cristo debe excluir a otros a quienes seguir. Él es el único a quien seguir. Se perdería el objetivo si se pusiera la mirada en otros además de Cristo. Nuestro objetivo en la unidad es Jesús, y nosotros no creemos ni practicamos la clase de unidad que desvíe los pensamientos de los no salvos hacia cualquier otra persona.

La esfera de la unidad estaba definida por “La unidad del Espíritu” (Efesios 4.3b). Los cristianos primitivos hallaron dentro del ámbito de la enseñanza del Espíritu, el lugar o escena de la unidad. Esta es la provincia de la unidad para con nosotros hoy día. Cuando andamos según el Espíritu, estamos unidos en una misma mente. Esta es la *unidad del Espíritu*. La sustitución de esta unidad por otra, o la adición de otra unidad definida por nosotros mismos, haría añicos la unidad del Espíritu. Podríamos ponernos de acuerdo sobre varias ideas que no son del Espíritu, y establecer nuestro propio sistema. Podríamos salirnos de la esfera del Espíritu, y unirnos sobre nuestra propia plataforma. Como ésta no sería la unidad del Espíritu, tenemos el cuidado de evitarla a favor de la unidad que sí es del Espíritu.

El medio para alcanzar la unidad se expresaba en las palabras: “que habléis todos una misma cosa” (1 Corintios 1.10a). Detrás de este medio había corazones convertidos, dispuestos a dejar que Cristo impusiera su manera de pensar. El hablar todos la misma cosa era el medio visible. Hoy día, todos hablamos la misma verdad. Esto es posible cuando cada uno se despoja de sus propias opiniones y especulaciones y se contenta con hablar con las palabras de la Biblia. Si cada uno hablara con sus propias palabras, nos haríamos pedazos como las sectas. Cada uno ha aceptado la mente de Cristo, y todos hablan como si fueran uno solo. Las muchas preguntas que surgen son contestadas por el lenguaje de la Biblia. Por ejemplo, si alguien preguntara: “¿Qué es el bautismo en cuanto al acto que lo lleva a cabo?”, todos daríamos la misma respuesta, citando el texto bíblico: “Porque somos sepultados juntamente con él para muerte” (Romanos 6.4a). Jamás podríamos hablar la misma cosa si lo que hablamos son nuestras propias ideas. Nos resultará fácil hablar la misma verdad cuando

hablemos las palabras del Espíritu Santo. Este es el medio de la unidad.

El límite de la unidad estaba definido por la doctrina que habían aprendido (Romanos 16.17c). Más allá de ese límite, estaban advertidos que no debían ir los cristianos. El pasarse de ese límite conduciría a “divisiones y tropiezos en contra de la doctrina” que habían aprendido (Romanos 16.17b, c). Lo anterior significaría *la destrucción de la unidad*. En este terreno no nos atrevemos a entrar. Cuando se traspasan los límites de lo que la Biblia enseña con *tantísimas palabras*, ello equivale a entrar en el terreno de las “divisiones y tropiezos”. Una vez que abandonamos lo que Dios ha dicho, y nos introducimos en la esfera de las opiniones y especulaciones de los hombres, destruimos la unidad del Espíritu. Es lo que Dios *no* ha dicho, lo que ha causado división y ocasiones de tropiezo. Lo que Dios *ha* dicho es lo suficientemente claro como para servirle de plataforma para la unidad a *los que están dispuestos*. Denos las palabras de los hombres, y acto seguido habrá discordia. Denos la Biblia, y seremos uno solo. La unidad tiene sus límites; más allá de la palabra de Dios se encuentra la división. El mensaje de unidad que se predica,

en medio de algunos de los que se encuentran fuera de la palabra de Dios, no es “*unidad del Espíritu*”. Según la palabra de Dios, la expresión: “un corazón y un alma” (Hechos 4.32b), es *la demostración de la unidad*.

La iglesia de Cristo tiene su plataforma original para la unidad. Al comienzo estuvimos unidos por el seguimiento que cada uno hace de Cristo. Estuvimos unidos sobre la enseñanza dada por el Espíritu Santo. Muchos se han *dividido y apartado de nosotros* para salirse de Cristo, del Espíritu, de la Biblia, de la iglesia, para entrar en sectas, en ámbitos denominados por nombres dados por hombres y gobernados por credos de hombres. Nuestro amor y caridad hacia todos son todavía tan prolíficos como la enseñanza del Espíritu Santo; abrazamos todo lo que éste nos recomienda. Nuestra cautela es todavía tan limitada como el Espíritu Santo: Donde él no nos lleva, nosotros no vamos. Esta es la unidad del Espíritu, la unidad de la iglesia de Cristo.

Hace más de mil novecientos años, la iglesia de Cristo fue establecida y hoy día tiene la misma organización, forma de adorar y doctrina.

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados